Todo irá bien
Matías Canderia

Ed. *Salto de Página*

Con un cambio radical de registro, Matías Candeira plantea en *Todo irá bien* una mirada al abismo y el terror que hay en nuestro interior; una narración interconectada sobre nuestras creencias y los límites morales de nuestros actos, los paisajes carbonizados de la infancia, nuestros lazos de sangre o los otros mundos que existen, paralelos a éste. Por supuesto, como decía un viejo filósofo, todos esos abismos que nunca van a dejar de mirarnos.

El autor: Matías Candeira (Madrid, 1984)

Es licenciado en Comunicación Audiovisual por la UCM y diplomado en guión de cine y televisión por la ECAM. Ha publicado *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo editores, 2009) y *Antes de las jirafas* (Páginas de Espuma, 2010), aunque parte de su trabajo creativo también ha transitado la publicidad, el cortometraje o los videojuegos. En 2010 obtuvo una beca para residir en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores, y ese mismo año coprotagonizó junto a Mario Vargas Llosa el documental *El oficio del escribidor* (RTVE), centrado en el intercambio intelectual entre un autor emergente y una figura reconocida de las letras. Es colaborador habitual del portal Culturamas y de La Tormenta en un vaso. Actualmente es profesor en la Escuela de Escritores de Madrid, donde imparte cursos de creación literaria. También ha recibido numerosos premios literarios por su trabajo y sus textos han sido recogidos en revistas como *Quimera*, *Ribera del Duero*, y diversas antologías, entre otras *Prospectivas* (Salto de página, 2012), *Pequeñas resistencias 5* (Páginas de Espuma, 2009) o *Siglo XXI: los nuevos nombres del cuento español* (Menoscuarto, 2010).

MATÍAS CANDEIRA

Todo irá bien

ED SALTO DE PÁGINA

Para todos a los que les ha sido útil, alguna vez, tener pesadillas.

Sueño con un nuevo mundo, magnífico y deslumbrante, que se derrumba en cuanto se encienden las luces.

Henry Miller, *Sexus*

He pensado que algún día me llevarías a un lugar habitado por una araña del tamaño de un hombre, y que pasaríamos toda la vida mirándola, aterrados.

Fiódor Dostoievsky, *Los endemoniados*

¿Quién ha puesto risas enlatadas
en la escena de mi crucifixión?

Charles Simic, *La voz a las tres de la madrugada*

Incluso cuando la puerta de la carnicería se cerró, fue como si dijera: «Tranquilo, en realidad, no estoy cerrada».

John Hawkes, *El caníbal*

Gólgota

Siempre tardo algunos segundos de más en abrir el cajón de los cubiertos, así que ella me tranquiliza y dirige mi muñeca hacia la suya. Lentamente, sin apenas vacilación. Es la amabilidad de una enfermera que vela a un niño para que cruce los sueños de una noche demasiado larga. Necesita estar en contacto con su sangre, eso me ha dicho muchas veces. Casi nunca he creído que me engañara, así que hace algún tiempo que ya no aparto la mirada cuando le corto la palma de la mano. Solemos usar uno de esos cuchillos pequeños que pueden esconderse en un calcetín. «Vamos», me dice, porque todavía no me he decidido; y añade lo que ya sé: que nunca ha pasado nada grave. Pero es cierto que necesito que me lo recuerde, una y otra vez. Necesito estar seguro de poder cortarla. Y así lo hago.

Esta mañana me ha dejado que coja su mano y la ponga ante la luz. Hacía mucho calor y notaba el cuerpo pegajoso después de ducharme, pero no ha sido por eso por lo que he bajado la persiana. Ella me ha sentido muy inquieto cuando he contemplado el corte, profundo y húmedo, más que otras veces. Pero es mi

culpa, cómo no voy a culparme. Soy yo el que insiste en hacerlo para que ella no se confíe. Su cuerpo no es una fruta en la que puedas cortar eternamente la cáscara. Desde allí veíamos el pozo de ángulos que forman los edificios de hormigón caliente y, más allá, el amanecer contaminado. No puedo negar que era hermoso. El tajo y la ventana me recordaban la forma de dos puertas. Ella, aún la veo, cierra la mano sin darle importancia.

—Son muy parecidas, ¿a que sí? —dice.

Es como si, por un instante, hubiera recordado algo de otra vida.

Tres hilos espesos empiezan a culebrear por su antebrazo y, sólo durante unos segundos, he notado que me tiemblan las piernas al mirarla. Casi no tengo fuerzas. Bajo ese olor he visto abrirse una hendidura en mi propia cabeza. Esa imagen que se resiste a abandonarme del todo. Son muchos, muchísimos muebles cubiertos con sábanas en una habitación grande y luminosa, y bajo ellos, manchas inapreciables de sangre —la más oscura que ella tiene dentro— que crecen incontroladamente en la madera. Pronto se convierten en algo que no puedo abarcar con la vista. La habitación se encharca, espesamente, y me empapa las piernas. Supongo que esta clase de temblores me mantienen lúcido; que así es como debe ser. Pero cada día me sorprendo sintiendo menos miedo del necesario.

—Tranquilo —me responde—. Hace mucho que sabes hacerlo.

El rito me agota y necesito beberme un par de tazas de café para volver a sentir los pies sobre el suelo de la cocina. Supongo que jamás podría ser médico. Como mucho, alguien que sacrifica animales.

—Ve a desinfectártelo.

—Venga, hombre —repite—, tranquilo.

Y se queda esperando a ver qué ocurre.

En ese momento escuchamos unos pasos a nuestra espalda. Paula, nuestra hija, ha entrado en la cocina, y sin perder tiempo

se ha sentado en las rodillas de su madre. Ha extendido su mano hacia mí de la misma forma que ella, con cierta clase de simetría heredada, con un deseo que no es propio de una niña. Ni un «hola, papá». Ni unos simples buenos días. Sólo la mano y mi responsabilidad de hacerlo.

—Ahora no —le digo.

Abro el cajón de los cubiertos, desafiándolas. Respiro hondo. Vuelvo a guardar ese cuchillo que es tan fácil esconder.

Pero es tanto tiempo. He procurado que esta costumbre que compartimos tenga la tibieza de esa primera tarde que me recuerdo como parte de su vida. Habíamos parado el coche en el borde del barranco. Confieso que, al principio, pensé que la tarde iba a ser aburrida. Un disparo fallado a la niebla. Me imaginé volviendo a casa completamente solo, atravesando el basural y la telaraña de cobertizos de uralita que hay en la parte más alejada del valle. Me tumbaría en la cama y cruzaría muy despacio los brazos, como hacen algunos muertos, y luego miraría el resplandor aquietado del techo hasta quedarme dormido. Cuando apagué el motor del coche, ella apoyó la cabeza en mi hombro, y recuerdo que lo hizo igual que quien espera que el mar retroceda y le muestre una lámina de paisaje desconocido; poseer con sus ojos esa franja húmeda de tierra que está entre dos mundos. Dijo entonces que sabía localizar su propia casa en el hormiguero de resplandores que eran los edificios de la ciudad. Dijo que, muchas veces desde que era pequeña, se había imaginado recorriendo un camino invisible con la misma forma del corte que tenía en el antebrazo. Su madre había muerto hacía menos de seis meses. En aquel momento bajó la cabeza y me contagió su desamparo, y no quiso contarme qué era lo que había pasado realmente con esa mujer que la había criado en un taller de coches, pero en cuanto mencionó la enfermedad mi cabeza empezó a trabajar sobre hipótesis que es

mejor no recordar ahora: cortes profundos por accidente; caídas en la oscuridad, desde una zanja o un puente recién pintado por las autoridades; quizás los huesos quebrados de alguien que está siempre a unos metros de su propio cuerpo. Yo me prometí a mí mismo —todavía sigo cumpliendo ese precepto— que a partir de entonces no nombraría su enfermedad ni trataría de explicármela, y así podría entenderla de otro modo; podría creer que ella —que sigue conmigo— se parecía a una criatura desigual, asimétrica, que no encajaba en el mundo ni me obligaba a encajar a mí. Después sacó un trozo de cristal de la guantera. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Me pregunté si lo habría usado con otros. Bueno, es probable que sí, ¿pero qué importaba? La mayoría se habrían largado sin hacerse demasiadas preguntas. Ella les proporcionaba esa elección. El cristal era muy pequeño, pulido en los bordes por el uso, y la luz volcánica que entraba por las ventanas hacía que no pudiéramos dejar de mirarlo. Hizo el corte ella misma. Aquel olor que conozco bien inundó el coche.

—¿Lo ves? Podrías atravesarme los tendones y no sentiría absolutamente nada.

Entonces era la chica más guapa que yo había visto y, como una vez me dijo un amigo, alguien a quien, sin saberlo, conocía desde siempre. Así que me mentí de esa forma, contemplando algo que en realidad no comprendía, forzándome. Era la primera vez de un «nosotros» —ella apretaba el puño; ya dejaba caer unas pocas gotas sobre la tapicería del asiento—. Hasta llegué a colocar la mano en la manija de la puerta. Pero en lugar de tener fuerzas para huir, me vi de pronto sin ellas.

Vienen las visitas, es casi la hora de comer.

—Pasad. ¿Queréis una cerveza?

Vienen, tocan el timbre, elevan sus voces falsamente civilizadas hasta que los reconocemos a través de la mirilla. Ella me

obliga a abrirles la puerta. Al entrar nos examinan, arriba y abajo, y no ven detalles extraños en nuestros brazos, ocultos por una cantidad excesiva de ropa. Hubiera preferido estar solo y, por unas horas al menos, desperdiciar el domingo, entregarme a la pereza del calor. Pero ella ha insistido en decir que deberíamos tratar de encajar.

Observo más tarde a mi hija Paula. Se ha sentado a mi lado cuando Jan, el ingeniero, se lleva la botella al coleto con cierta urgencia. Suele ocurrirle a la gente que desea establecer algunos términos de convivencia con sus semejantes. Imagino que alguna clase de máscara bajo la que bucear sin entrar en ningún tipo de conflicto. Sin embargo, no tengo interés en hacer que se sienta cómodo. Jan se toca el mentón hasta que encuentra un tema por el que vecinos y vecinos, durante muchas décadas, han conseguido entenderse. Alaba la decoración, dice que tiene cierta elegancia japonesa. Incluso ha tratado de sonreírme. «Hace tiempo que nosotros queremos hacer reformas. Ya tenemos unos ahorros considerables.» Entonces la mujer del ingeniero asiente con la cabeza. A ella no se le conoce ocupación, «cuida de los niños», eso dice, empleando el verbo con un orgullo que transparenta falta de carácter.

—Queríamos preguntaros… —titubea el ingeniero—, en fin, si os parecería bien que cogiéramos una chica para cuidar a los críos un par de días.

Pero yo no quiero que nadie observe a Paula más tiempo del necesario.

—Nos gustaría mucho que vinierais a pasar con nosotros el fin de semana que viene —continúa.

A veces lamento que mi sentido de la civilización se esfume sin avisar. Por un momento tengo ganas de salir de aquí, aunque asiento con la cabeza de forma laxa tratando de burlarme de la mujer. Es cierto: iría allí con esos dos, pero sólo si es para atarlos a una verja, liberar una jauría de cerdos y alejarme mientras escucho cómo los humanos y los animales tratan de entenderse sin

resultado. ¿Es que ella se ha cortado y no la he visto? A veces el olor de sus heridas aparece sin avisar. Es algo que me marea, soy muy consciente de que esa vaharada dulzona podría llenarme la cabeza de ideas extrañas.

—Tenemos barbacoa —escucho decir, cavernosamente, al ingeniero—. Hemos invitado también a otros vecinos. Así nos conocemos un poco mejor. De verdad, no sabéis lo bien que se está en el descampado que hay detrás de nuestra casa.

—¿Sabes? —le comento, sin darle importancia, aunque la frase no es mía—. El campo es ese lugar horrible en el que los pollos se pasean crudos.

Pero era de esperar: él lo interpreta otra vez como un gesto de camaradería. Por eso me sonríe igual que uno de esos cerdos hambrientos que me he imaginado olfateando sus calcetines. Sí, definitivamente, huele a sangre, y doy un trago porque quiero enterrar este olor. Pronto me doy cuenta de que no proviene de ella, sino de Paula. Le pellizco un muslo para que deje de tocarse una de sus heridas. ¿Qué ocurriría si yo dejara de velar por nuestra seguridad? Sabe que tiene que comportarse.

—Está bien, iremos, si insistís —contesta mi mujer, y ni siquiera espera a que yo esté de acuerdo.

—Todavía tenemos pocos muebles en la casa —añade la mujer del ingeniero—. ¿Dónde habéis comprado el sofá? Me gusta mucho.

Se incorpora para verlo más de cerca. Está fascinada. Por lo que parece, ella nunca tendrá un gusto tan exquisito (y estúpido) como el nuestro para decorar un piso. Ya ha empezado a deslizar la mano por la tela color crema. Pero durante un instante hay una fractura en su percepción de este cuarto de estar. La mujer del ingeniero cruza las piernas, guiña un poco los ojos y entonces los detiene en uno de los reposabrazos. Ha localizado la única mancha visible. Reconozco que esa vez no tuvimos cuidado con lo que hacíamos. Parece una bacteria pero, a la vez, algo totalmente inofensivo. Sin embargo, hay un detalle muy extraño en el color. Tiene la cualidad de algo que aún está vivo.

Eso es lo que le hace apartarse. Su rostro se transforma. Del entusiasmo a la decepción.

—¿Te sientes bien? —le pregunto.

Ella no sabe muy bien qué contestar y yo me froto los ojos por el mareo. Miro a Paula con rabia; aún sigue tocándose esa herida con la punta afilada del dedo índice. La mujer del ingeniero se cambia instintivamente de lugar hasta situarse junto a su marido. Supongo que sospecha lo que puede ser la mancha pero, en algún lugar remoto de su cabeza, desecha este pensamiento casi enseguida. Hay un límite de ideas al que cualquier persona puede llegar y, más allá de esa frontera, se extiende un bosque denso y enmarañado de actos abruptos, difíciles, probablemente insoportables. Yo me levanto y les sirvo más cerveza para que ahoguen su reflejo en el líquido. La mujer del ingeniero se toca las rodillas, más calmada de lo que le permiten su instinto y su prudencia. Jamás llegará a saber que esta casa es un lugar repleto de islas de sangre escondida. Son insignificantes al ojo, poco molestas. Sólo si fueran más grandes, sólo entonces, deberíamos preocuparnos. Habríamos traspasado ese límite que nosotros mismos nos impusimos. Con los años, estas gotas han ido posándose en nuestras cosas con la lentitud del agua subterránea. Sangre suya y mía, y también de nuestra hija pequeña. Sangre que bendice el sofá (pata izquierda, en la cara interior), la mesa blanca de la cocina, la cerradura húmeda de un joyero, un palo de golf, la parte cóncava del lavabo del servicio o incluso algunos cuadros, los más valiosos. Allí es una pintura sobre una pintura, aunque alguien menos osado lo llamaría simplemente deterioro o isla de humedad. Ah, si ellos sólo miraran con un poco más de atención. Pero ya regreso del mareo dulce. Ya nos despedimos mientras abro la puerta. «¿Quedamos en llamarnos, entonces?», me pregunta el ingeniero. Yo no quería esto, me aseguro —y es verdad—, pero noto una bacteria de deseo con ella cuando rodeo su cintura con el brazo. Es ese maldito olor. ¿Cómo sería cortarla en otra parte? Ya lo ha decidido, en sus ojos se ve, y supongo que no podré oponerme. Ellos apenas

se dan cuenta de cómo está mirándome, de cómo traza planes en silencio para que nuestra vida y nuestros secretos tomen la forma de un círculo. Les invito a marcharse y los miro, de nuevo, con la misma amabilidad de siempre. Jan me sonríe. Diría que este idiota pierde peso al hacerlo. Sé que, después de todo, puedo tutearlo sin que sospeche. La próxima semana, en una hora caliente, ellas servirán los platos en un salón sin amueblar. Una bombilla con forma de víscera colgará sobre nosotros y quizás oiremos el viento allí, en la oscuridad, moviendo los huesos del jardín. «Aún tenemos que decorar, falta poco.» Entonces, mientras juzgamos su casa, pensaremos una excusa para ellos e iremos a deshacer la maleta a otro cuarto. Allí sacaré el cuchillo de cocina envuelto en un pañuelo. Dejaré, por fin, que se familiarice con su forma. Exacto, que se sienta como si nunca lo hubiera visto. La primera mancha diminuta de su sangre (por qué no) irá en la parte cóncava del lavabo que usa el ingeniero para enjabonarse el cuerpo, deshacerse de la suciedad y quitarse obsesivamente la piel muerta (detesto a la gente que va siempre tan limpia; quizás es una lección que he aprendido de ella). Es mejor no pensar en las siguientes manchas. Un anillo de pedida que guarden en el joyero, la esquina cuarteada del ventanal, el bulbo de la lamparita y la insignificante y nueva sombra —algo que aún está vivo, algo que permanecerá, quién sabe por cuánto tiempo— proyectada sobre la pared. Encontrarán su lugar según vayan naciendo de ella.

—Bien, entonces os esperamos.

Casi asentimos al mismo tiempo.

Nuestra mirilla ve lo que ellos no ven. Su cuerpo, marcado por la costumbre secreta, y la cara interior de mi mano.

Ahora estrecho la de Jan, y aún le miro.

Estoy nadando en un mar de agua helada que tiene un color desconocido. Yo vivía muy cerca de la playa cuando era pequeño,

pero jamás he visto el mar así, aquietado como un cubo transparente donde el agua parece dibujada por las manos de un niño. Ahora el agua gigantesca se arruga con dibujos deformados de padres y madres que parecen personas locas y allí a la izquierda está la playa y hay una niña que se arrastra por la arena. Alguien le ha hecho daño (siento asco y mucho frío, porque quién me dice que no haya sido yo y ahora esté huyendo a través del mar). Trato desesperadamente de nadar hacia delante pero la niña siempre parece estar a la misma distancia. Entonces lo veo en las profundidades, justo bajo mis pies: es un hilo de líquido más oscuro y espeso que empieza a ascender y se enrosca en mi tobillo. Tira de mí, apenas intento resistirme. He abierto los ojos. Bajo el agua puedo ver muebles gigantescos sumergidos en el mar, todos manchados de esta marea oscura, y arriba, muy arriba, me da miedo que la niña haya dejado de moverse. Estoy en casa. Estoy aquí, respiro el mar en el cuarto. Reconozco con dificultad a Paula, sentada a los pies de la cama verde, velando por mí de la misma forma que yo velo por ella justo antes de dormirse. Su mano coge la mía. Busca con sus pequeños dedos, hasta que toca la cicatriz. No consigue que yo deje de temblar.

—Papá, ¿te duele?

Unas pocas veces he necesitado probar el límite de nuestro rito y ver hasta dónde podíamos llegar. Es extraño que, con el tiempo, haya espaciado esta costumbre. Ya casi no puedo recordar lo que era sentir esa angustia del territorio al que ella y yo nos dirigíamos en nuestros primeros juegos. En aquella ocasión paseábamos por la galería comercial, separados el uno del otro por unos pocos metros. De pronto, ella empezó a acercarse demasiado a algunas personas. Rozaba sus abrigos o las blusas a propósito, extendiendo mucho el antebrazo, con una especie de orgullo obsceno de su don. No necesitó describirme cómo

se sentía. Estaba tan segura que debió de transmitirles a esas personas lo insignificantes que eran sus cortes (pero para mí no lo eran). Muy pocos miraron su piel expuesta y erosionada, y sólo uno —un viejo con la piel de la cara amarillenta de fumar— se apartó con asco. Ella le aseguró que le había confundido con otra persona. Sonrió mientras volvía hasta mí. En ese momento me harté, y por eso tomé su mano y bajamos a la planta donde vendían los utensilios de cocina y las herramientas para el jardín. Tardé poco en localizar lo que buscaba. Vi la taladradora y, disimulando como podía el miedo, la cogí.

—¿Qué te parece?

Un segundo más tarde acerqué unos alicates a su cuello —«Podemos hacerlo cuando Paula esté dormida.»— y después una remachadora. Con cada amenaza que yo sostenía entre mis manos, ella iba poniéndose más y más nerviosa. Al final, no pudo controlarse y me empujó contra una montaña de cubos de pintura.

—Esto no es ninguna broma de mierda. Déjalo ya, joder.

El guardia de seguridad moreno nos había visto. Escupió algo por el *walkie* y se acercó rápidamente.

—Ya lo sé —le dije en voz baja; después le obligué a que se cubriera con su propia chaqueta—. Por eso mismo. Deja de hacer el tonto y tápate el brazo.

Aquel hombre se colocó entre los dos para separarnos. La miró a ella y luego a mí, más tiempo, examinándome de arriba a abajo como a un vulgar ladrón de macetas. Se había llevado la mano a la pistola. Sólo necesitaba una excusa para echarme a patadas; o algo peor, si llamaba a algunos compañeros.

—Señora, ¿se encuentra mal? —Puso la mano en su hombro. Su cuerpo uniformado aún nos aislaba. Él lo quería así.

—Estamos bien, gracias —dije.

—No le he preguntado a usted.

Volvió a mirarla esperando que le dejara hacer su trabajo.

—Me he mareado un poco —contestó ella—. No pasa nada, le prometo que ya nos íbamos.

El guardia no me quitaba la vista de encima cuando nos dirigimos a la salida de la planta. Esto también lo sé: él fue uno de los que se fijó en sus cortes.

Mientras acuesto a Paula en su cama, le digo que no, que no me duele, pero el contacto de sus dedos con mi cicatriz es parecido a un chispazo de electricidad. Cuando miro a mi hija, supongo que la veo a ella en un estado anterior a todo, días de niños que apenas saben nada y son felices dándole un nombre a las cosas del mundo. Paula es alguien que sólo ha tocado con la punta del dedo alguno de los peores deseos que puede tener una persona. Cubro su cuerpo con la manta, hasta la nariz. Luego le pregunto si alguna vez se ha cortado mientras nadie miraba.

—Hija —le enseño la marca estriada que tengo en la mano—, si alguna vez quieres saber lo que se siente, pregúntamelo a mí, ¿vale?

Me entristece que ya ni siquiera recuerde aquella vez que les describí el dolor. Tomé esa decisión ante la insistencia de ella. Quería saber cuándo cortaríamos a Paula y le hablaríamos de qué está compuesta la sangre. Todas esas precauciones que tendrá que tomar. Eran muchas ideas (o reglas, o pesadillas) para ofrecerle de una sola vez. Nos aterraba cómo hacerlo. Recuerdo que hice una lista con letra apretada y la discutí con ella, y escribí cosas como no abuses de tu don, evita los sitios peligrosos; mira, hija, esa habitación tiene cables de electricidad sueltos; una herida que se ha infectado, lávatela porque es una madriguera de bacterias blancas. No te acerques a ese muro a punto de caerse. Esa barandilla es demasiado estrecha, puedes perder pie. De pronto había tantas posibilidades que la rompí. Comprendí que la única solución posible era que viera a alguien sufrir; y mirarla fijamente, con los ojos llenos de terror, hasta que el recuerdo se grabara a fuego.

Esa misma tarde, para que la niña se sintiera animada, fuimos a ese zoo que hay en las afueras. Todo el lugar parecía abandonado por la falta de fondos. Recorrimos los recintos gigantescos donde, probablemente desde lugares en los que no querríamos mirar, algunos animales famélicos asomaban la cabeza para seguirnos. Cada vez apretaba más la mano de Paula, aunque mi hija estaba emocionada con la visita y esos estanques cubiertos de limo endurecido en los que nada debería vivir. Me parecieron perfectamente útiles para dejar que un cadáver se hundiera. Ella también estaba con nosotros, justo a mi espalda, como una tormenta agradable o un pájaro negro que nos conocía bien y nos vigilaba. Me besó poco después, mientras nuestra hija posaba la mano en los barrotes de una jaula vacía y esperaba a que otro de aquellos animales escondidos viniera a encontrarse con ella. Me noté caminando cada vez más rápido hacia la verja negra de la salida, como cuando presientes que la mala suerte está observándote, esta vez en campo abierto. Ella quiso tranquilizarme, pero ni siquiera la miré. Hubo un segundo, junto a una de las jaulas, en el que la forma latente y las escamas de un animal subieron desde el fondo y se hicieron nítidas en la superficie del agua. Todas las cosas vivas que había allí nos estaban mirando.

—Cuidado con acercaros demasiado a las verjas —llegué a decirles.

Acabábamos de descender unas escaleras de piedra. Fue entonces cuando una forma chocó violentamente contra la barrera de separación. Pronto fueron más. También aquel sonido, de algo que se arrastra y no ves. «Papá, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?», preguntó mi hija. Aparté a las dos de la barrera tras la nueva embestida. Las cabezas de las bestias se agruparon otra vez en una maraña de lenguas y colmillos y golpearon el cristal más fuerte. Había por lo menos seis osos colosales que se peleaban por estar más cerca de nosotros. Entonces, vi cómo ella escondía la mano con rapidez. Pero aún tuve tiempo de confirmar mis temores. La mancha rojiza en la venda estaba fresca. Paula empezó a llorar porque los osos rugían de una forma espantosa, enseñaban los

belfos y la lengua. Me tapé la nariz. El olor que desprendían era repugnante. Lo peor era el sonido que hacían. No se parecía a las películas. Eran vagidos, ruidos deformados y llenos de saliva de un animal completamente desesperado por una presa. Cada vez había más.

—No me gusta que las del colegio me miren así —dice, quitándose la manta de encima. Ya he peinado a Paula. He hecho que note que estoy aquí con ella, por más que no sea necesario.

—¿Y por qué te miran, a ver?

—Porque me caigo al suelo…, y no digo nada, y Estela… Estela también se cae, a veces, y se pone a llorar porque dice que le duele mucho… Pero cuando yo me caigo y me levanto tengo las rodillas así. Y no he llorado nunca, no me sale. Jo, papá, me miran muy raro. Vienen todas a meter los dedos en la herida… Se ríen.

Vuelvo a apretar la mano de mi hija, porque me asustan lo suficiente su cuarto a oscuras y las sombras de los muebles donde puede esconder algo afilado y experimentar. Recuerdo que volvimos del zoo, que encendimos las luces, que yo insistí en que, por esa vez, prescindiríamos de la asepsia y la cortesía. Ellas me vieron alzar la mirada hacia las farolas de la calle y pedir algo en silencio. Me avergoncé de que fuera sólo una cosa: volver a otra vida, y quizás, sólo quizás, que todo hubiera sido distinto. Luego le enseñé el cuchillo a mi hija. Le pregunté si sabía lo que era. Me recuerdo más tarde, de rodillas, llorando y hablándole a Paula de los estallidos de dolor, la electricidad insoportable que te recorre y te paraliza, y cómo se aprieta la mandíbula hasta que estás a punto de quebrarte por dentro. Supongo que fue ese el momento en el que yo crucé una línea invisible, cierta puerta oculta que da al interior del castillo, y todo para estar mucho más cerca de ella, peligrosamente cerca. Insistió en vendarme la mano y yo me dejé. Muy pronto, me vi a mí mismo apretando el puño con ganas para dejar que unas pocas gotas pintaran nuestro suelo. Entonces llevé a la niña a su cuarto y le pedí que se sentara en una de las sillas. Cerré la puerta. Sólo esperé.

Allí dentro ya no se oía nada.

Imagino que mi hija lloró esa misma noche en su habitación, dejándose invadir por la oscuridad y la imagen de los osos rugiendo. También la de su padre. Su padre, muy quieto, intentando no chillar de dolor tras una barrera de separación amarilla.

—Quieren jugar conmigo, Papá —continúa, acercándose más a mí—. Pero sólo para ver cómo me caigo.

Entonces me enseña los bulbos amoratados de las rodillas. Una mezcla entre heridas recientes y otras ya cicatrizadas. Algo perfectamente normal. Deseo que siga así.

—Porque no te entienden, hija —le contesto—. Pero ya se cansarán. ¿Sabes qué? La gente te deja en paz cuando no les haces mucho caso. Sólo tienes que aprender a mirarlos, a leerles por dentro. Puedes convencerles de lo que quieras.

Le digo otra vez que no se preocupe.

—Papá…

—Hasta mañana, cariño.

La beso; y ella vuelve a coger, instintivamente, la mano que está dañada. Antes de salir, dejo encendida la lámpara que hay junto a la mesa. Ojalá que mi hija pudiera mirar siempre esa luz.

Con los ojos, ella me invita hacia una habitación que hay al fondo de esta casa. Paula ya duerme en paz. Dentro de ese último cuarto hay una mesa preparada con deleite. Le gusta echar la llave, la roja. Sé que ha empleado más tiempo del necesario en lavar los manteles y disponer la simetría de los cubiertos brillantes, y como dice ella, «está tan limpia que podríamos comer en el suelo». Ahora mismo se masajea las piernas y separa una silla de las otras. Luego enciende las velas que ha colocado en el suelo, en la repisa de la ventana, bajo el mantel. Ha conseguido que este lugar parezca un sol moribundo. Sabe que estoy mirando su ropa interior. Es entonces cuando, apretando la mandíbula, no puedo evitar coger su nalga con mi mano y sujetarla fuerte, muy fuerte, con la derecha, donde está la cicatriz que nos une. Hay tanto deseo en sus ojos que le hago esperar.

—¿Segura?

—No deberías preguntarme eso.

Pero mirándola me doy cuenta de que casi no recuerdo a otras mujeres antes de que mi vida creciera junto a la suya. Sé cuáles eran sus nombres, y sin embargo apenas soy capaz de rescatar el timbre muerto de sus voces bajo los árboles, la manera de presentarme a sus padres o chapotear en las piscinas públicas (estamos en ese bosque donde hemos corrido como salvajes; a Esther le gustaba esconderse a ras de suelo, en un cobertizo o en el útero de una fuente; en cambio, Anne se subía a las copas de los árboles y yo sabía que alguien estaba observándome, como un secreto, desde las ramas más altas). Pero estos recuerdos no valen de nada. Sólo queda ella. Una casa, una hija, un corte después. ¿De qué sirve pensar en las vidas que no hemos tenido?

—No me gusta que me hagas esperar—insiste.

Vacilo antes de rajarle la rodilla —siempre, siempre he de vacilar para ser humano—, pero el chorrito de sangre ya mancha los alimentos. Sopa, pan blanco, leche, toda clase de superficies y trozos rotundos, blanquecinos, cuanto más mejor. Mi impresión es que, aunque no me lo diga, los elige a propósito. Comemos con ansia y, cuando terminamos, nos tumbamos uno junto al otro. No entiendo por qué sigo teniendo frío. Me dice de pronto que todas las heridas tienen un sonido particular al abrirse, el movimiento exacto. Quizás, hace mucho tiempo, su madre le confesó que si aprendía a escucharlo podría entender la enfermedad y dominarla.

—Ella sólo se equivocó una vez —dice con tristeza, con la boca demasiado apretada—. Le hubiera gustado conocerte.

Pronto estamos besándonos en la oscuridad, «no pienses en eso», le digo, intentando que me crea, «a ti no te pasará». Comer su sexo y quererla desesperadamente a la luz de las velas (las ruinas de la primera vez, el barranco esculpido en color negro, esas casas en las que, si alguien supiera la verdad, tapiaría la puerta para que no entráramos) es lo mismo que contemplar nuestra historia. Pienso que, a veces, querer a alguien consiste en ser capaz de

respirar al mismo tiempo y calentar un simple cuarto. Olvidar que con ella siempre estaremos cruzando ciertas líneas. No hacer demasiadas preguntas. Pero es peor, siempre es peor, porque esto aún no ha terminado.

—¿Estás despierto? —le escucho decir.

Se incorpora y se levanta la camisa. Coge mi mano una vez más, la mano que está herida y enferma. Me hace mirar la zona desnuda (es un espacio suave entre las costillas) y, por fin, me hace tocarla. Quedan pocos sitios en su cuerpo que yo no haya visto. Éste es uno de ellos.

—Aquí.

Ahora sé que jamás me dejará abandonar el rito. Es directa y lo bastante franca, y seguramente pensaría alguna excusa para marcharse unos días de casa con Paula cogida a su mano. Puede que fueran definitivos si yo me negara a continuar. Un día, uno se descubre tantos años durmiendo junto a otro, incapaz de abandonar por voluntad propia esa clase de costumbres oscuras que nos mantienen vivos.

Cuando la última vela se extingue, me abraza con fuerza.

En la oscuridad cojo el cuchillo. Toco con el dedo el punto exacto donde lo voy a clavar.

Pronto intentaré dormir. No es demasiado tarde para tratar de tener sueños blancos donde las casas sean casas y la gente hable de comida y de deseos diminutos. Ese lugar donde caben sus vidas ordenadas. Ni siquiera el televisor me deja perderme en otro lugar. Cuando sintonizo el tercer canal, algo me anuncia que nuestros secretos no nos abandonan nunca del todo, que debemos mirarlos de frente y estar alerta. La señal pierde intensidad con las oleadas de estática. Hay varios reporteros que se abalanzan con la cámara hacia la entrada de cristal de un edificio quemado. Dos coches de bomberos rodean la manzana, y alcanzo a ver a un policía robusto que saca a rastras a un hombre de una de las salidas. Luego son

más: cuatro, cinco, hasta seis personas. Casi todos han perdido el pelo, aunque por la manera de caminar reconozco a tres mujeres. Antes de que los policías les tapen la cabeza con unas chaquetas oscuras, consigo ver uno de los rostros. Por instinto me echo hacia atrás. Quiero apartar la vista y sin embargo no lo hago. Tienen la cara quemada. Es un paisaje en el que apenas se reconoce nada remotamente humano, igual que uno de esos trozos de masilla en los que alguien ha hundido los dedos con toda la violencia posible. Ya han cortado la conexión, y el programa vuelve al estudio.

—La policía todavía está investigando si han formado alguna clase de secta. Se hacen llamar «los vivos». No pueden asegurar que sean los únicos que hacen esto.

Es extraño que los tertulianos del programa coincidan en número con los detenidos entre el fuego. Mencionan, sobre todo, la palabra «civismo», y se interrumpen unos a otros tratando de decir la última palabra. No tardan en nombrar aberraciones y taras y desórdenes psicológicos (cómo no, uno de ellos es el eminente doctor «algo»). Al parecer, esa gente a la que han detenido, esas *personas*, llevan más de un mes recorriendo las entrañas de los edificios que acaban de incendiarse, justo antes de que lleguen los bomberos. Según el informe de la policía, sortean los chorros de las mangueras, juegan como niños o idiotas y revuelven todo a su paso; probablemente se reúnan en sótanos de centros comerciales para trazar nuevos planes mientras, ahí arriba, alguien compra ropa azul de bebé o se interesa por enanos de piedra para el jardín. Subo el volumen. Una de las mujeres de la tertulia pide que devuelvan la conexión y, por alguna razón, sé que se siente fascinada, aunque no quiere decirlo. El hombre quemado aún mira a la cámara. De pronto es como si me mirara a mí, a la multitud que reprueba sus acciones desde el plató. Me estremezco, porque parece feliz. Parece más feliz que cualquiera, como si ahora, mientras levanta una tubería quemada en gesto de victoria y se la enseña a los otros detenidos, nada valiera más que eso. Casi no puedo soportar las imágenes cuando conducen a los quemados al furgón, y es peor cuando ese mismo doctor,

que se acomoda en su asiento para hablar al mundo (para hablarnos a todos), menciona la enfermedad. Reconozco las sílabas. Todos los años que han pasado sin que yo las pronunciara.

Me marcho lo más rápido que puedo y voy a nuestro cuarto. Ellas ya no me oyen. Están en otra habitación, tumbadas junto a los juguetes de Paula en vastas extensiones de sueños, risas donde las olas retroceden y liman pacientemente el territorio desconocido (ella ha prometido llevar a la niña a ese mismo barranco de nuestra primera vez, para mirar la ciudad). Yo busco algo. Busco en los cajones, revuelvo sus joyas, un collar con cuentas de madera, unos pétalos secos con su olor (aquí también hay gotas de sangre); y busco, más adentro, busco sin detenerme hasta que toco por fin el pequeño álbum y la fotografía de la página central. Todavía pienso en el hombre quemado al que no se le reconoce, cómo debe de apestar a gasolina, sé que es así. Seguramente empezó como cualquiera, lastimándose sin querer, haciéndose preguntas acerca de por qué no sentía. Se imaginó hasta dónde podía llegar. Conoció a otros. ¿Y si se puede vivir de esta manera, prolongándola durante años hasta ser ese engranaje oxidado, esa mala hierba que el mundo no ve? ¿Qué es exactamente ser normal? ¿Despreciar las pesadillas, entrar siempre por la puerta principal de las casas, acudir al médico para que le dé un nombre a cada cosa que nos sucede?

Estoy temblando, porque cojo la mano de mi hija y mi mujer en la fotografía.

Dónde está el límite.

De pronto, no sé quién era yo en esta imagen. Qué es lo que estoy mirando. Y ni siquiera, ni siquiera estoy seguro de si entonces ya tendría esta cicatriz.